

Editorial

El animal tachado. La sublime dualidad de la práctica clínica

Rev APSAN 2022,2(1): 5-6

Alberto Botto

“Lamentemos –apuntaba André Breton en 1936– no tener todavía a nuestra disposición un volumen de historia comparada que nos permita captar el desarrollo paralelo, en el transcurso de este último siglo, de las ideas científicas, por una parte, poéticas y artísticas, por otra parte”. Y enseguida ponía como ejemplo el año 1830 en que se constata el apogeo del movimiento romántico, pero que también coincide con el descubrimiento de la geometría no euclidiana que remeció las bases del edificio cartesiano-kantiano cuyas consecuencias se verificarían en un profundo cambio de sensibilidad. Esta nueva sensibilidad se haría manifiesta, según Breton, en una “derrota de las costumbres racionales, eclipse del bien y el mal, reservas expresas sobre el *cogito* y en el descubrimiento de lo maravilloso cotidiano”.

Este año se cumplen cien años de la publicación de *Ulises* de James Joyce, una obra que pareciera haber sido escrita en el futuro, rompiendo con todo lo que hasta el momento se conocía en el terreno de la novela. Sin embargo, si aplicamos el método propuesto por Breton y efectuamos un ejercicio de comparación, en el mismo ámbito de la literatura y por la misma época, una obra radicalmente distinta –y en muchos sentidos opuesta– era entregada al público lector. Me refiero a la monumental serie de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust. ¿Y qué podríamos decir de lo que, por esos años, ocurría en el terreno de las ciencias?

Tomemos dos textos por todos conocidos que pueden, con propiedad, considerarse como clásicos en la literatura psiquiátrica y psicoanalítica. En 1913 Karl Jaspers afirmaba en su *Psicopatología General* que “El objeto de la psicopatología es el acontecer psíquico realmente consciente. Queremos saber qué y cómo experimentan los seres humanos, queremos conocer la dimensión de las realidades anímicas. Y no sólo el vivenciar (*erleben*) de los hombres, sino que también queremos investigar las condiciones y las causas de las que depende, las relaciones en que está y las maneras como se expresa objetivamente”. Apenas diez años más tarde, encontramos a Sigmund Freud manifestando en *El yo y el ello* que “La diferenciación de lo psíquico en consciente e inconsciente es la premisa básica del psicoanálisis, y la única que le da la posibilidad de comprender, de subordinar a la ciencia, los tan frecuentes como importantes procesos patológicos de la vida anímica. Digámoslo de una vez, de diverso modo: El psicoanálisis no puede situar en la conciencia la esencia de lo psíquico, sino que se ve obligado a considerar la conciencia como una cualidad de lo psíquico que puede añadirse a otras cualidades o faltar”.

Como se puede constatar fácilmente, en la misma época que para Jaspers la esencia de lo psíquico se encontraba en la conciencia, para Freud ésta residía en lo inconsciente. Mientras Joyce hacía estallar el lenguaje en mil pedazos, incorporando el “flujo de conciencia” en el relato (cuya caracterización, permítanme el excurso, podría ser

cuestionada de la siguiente manera: ¿alguien podría realmente “pensar” como “piensan” los personajes de Joyce en los momentos en que la consciencia “fluye”?), Proust lo hacía implodiar en un bucle interminable de variaciones sobre un mismo tema en que la narración es la gran protagonista en una especie de fuga interminable donde la infancia y la memoria configuran eso que, con imprecisa ampulosidad, se ha llamado “experiencia interior”.

¿Y todo esto para qué? Para señalar (algo que mirado bajo la perspectiva de la historia humana puede parecer una obviedad) el hecho que, paradójicamente, han coexistido formas de entender, explicar e incluso describir un mismo fenómeno de modos tan diversos y no solo eso, sino que opuestos. Piénsese solamente en las consecuencias que ha tenido para la psiquiatría y la psicoterapia el énfasis que se ha puesto sobre el lugar de la consciencia y el de lo inconsciente en el vivenciar psíquico, para tener una pequeña dimensión de los efectos provocados por esta dualidad. Más aún, si observamos el campo de las corrientes teóricas en psiquiatría, actualmente estamos ante un verdadero pluralismo explicativo. Hace algunos años Peter Fonagy, estudiando la efectividad de diversas intervenciones psicoterapéuticas, encontró más de 400 tipos de psicoterapias aplicadas activamente. ¿Habrá tantas formas de entender el sufrimiento humano? ¿Cuántas de esas así llamadas psicoterapias cuentan con una metateoría acerca de la estructura y el funcionamiento psíquico? Es probable que muy pocas, contadas con los dedos de una mano.

Quizás no ha existido una época en que coexistan tantas teorías y modelos explicativos acerca de la mente como en la actualidad. ¿Qué significa esto? Significa que, ante un determinado fenómeno clínico, por ejemplo, la depresión, un psiquiatra de orientación (mal) llamada “biológica” podrá legítimamente indicar un tratamiento farmacológico, mientras que un psicoterapeuta (¿debiéramos decir “de orientación psicológica”?) podrá indicar, con la misma legitimidad, una intervención psicológica. Por cierto, planteado de esta manera, el problema puede parecer algo burdo, pero permite sugerir otro cuestionamiento: ¿No será ese dualismo de la práctica clínica un riesgo? ¿No estará alguno de ellos equivocado? Personalmente creo que sí. Me parece que no es indiferente bajo ningún punto de vista (ni clínico, ni ético, ni epistemológico) el modo en que abordemos un diagnóstico e indiquemos un tratamiento. Por lo mismo, retomando la dualidad planteada por los escritos de Jaspers y Freud, tal vez sea necesario volver a esas preguntas fundamentales: ¿A qué nos referimos cuando hablamos de consciencia? ¿Es la consciencia realmente “algo” que podamos encontrar en el mundo, así como se encuentran piedras, números o sentimientos? ¿Y qué significa inconsciente? ¿Existe “el” inconsciente? ¿O sería mejor hablar de “lo” inconsciente?

Volver, como decía, a esas preguntas fundamentales para abrir un camino que no las suponga como excluyentes (que es lo que, a mi parecer, ha ocurrido desde el momento en que se plantearon) sino todo lo contrario. Por lo pronto, partir por constatar que ambos fenómenos (si se pueden llamar así) simplemente coexisten. Eludiendo renunciar a la fantasía de unificación (cuando no de totalización) del conocimiento, es el estudio de esa coexistencia el que probablemente ha sido postergado. No por nada Eduardo Anguita alguna vez escribió “Rayado por estos dos túneles alternos [la eternidad y el tiempo] una hermosa cebra es el hombre”. El animal tachado.